

Mentalidades Asiáticas

LA CANASTILLA DE ASIA

Por Raymond LENOIR, Laureado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de París, Francia.—Colaboración Especial para la Revista Mexicana de Sociología. Versión del francés de Óscar Uribe Villegas.

Eurídice danza con sus compañeras
sobre la hierba donde la serpiente duerme.

Malaise. Henri Fauconnier.
Arthème Fayard, 1930.

EL TIBET. La multiplicidad de étnias, de pueblos, de dialectos, de instituciones y de costumbres, de formas de gobierno y destinos desconcertarían aun al sociólogo si los descubrimientos arqueológicos, las tradiciones y las interpretaciones de textos, los trabajos realizados por los indianistas desde principios del siglo XIX no hubiesen servido de hilo de Ariadna para los grupos cultos de la Tercera República Francesa en su uso de los trabajos de Guillermo de Humboldt y de Noiré sobre la Malasia y la lengua kawi.

Estos han remontado los tiempos a partir de la India y de Ceilán, por las Islas de la Sonda, la Nueva Guinea, el Archipiélago Bismarck, Australia y Nueva Zelanda, hasta el estrecho de Torres y Tasmania, que ofrecen las formas de sociedad menos evolucionadas.

La Melanesia se ha convertido en un centro que irradia sobre la Polinesia, Oceanía y la costa suroeste del Pacífico en Sudamérica.

Los trabajos de Chavannes, los descubrimientos de Pelliot y de Bacot le han permitido a Marcel Granet reconstituir en parte la civilización

china. Los trabajos de Fouché, de Sylvain Levi le han permitido a Paul Masson Uursel y a Paul Mus reconstituir la civilización hindú.

La Escuela Francesa de Extremo Oriente ha permitido reconstituir las civilizaciones thai.

Mongolia y Manchuria constituyen un hiato que rompen la North Jesup Expedition en el noreste asiático y los trabajos que se refieren a los pueblos que viven bajo el círculo polar, en Siberia y en todas las extensiones situadas al Este del Ural.

El pluralismo de grupos sociales moldeados por una serie de revoluciones milenarias en las formas sociales y en las creencias escapa a toda jerarquía política o a toda dependencia espiritual. Desafiaría incluso a la Ciencia, y lo haría por mucho tiempo, ahí donde es inmensa su extensión, a no ser por la presencia del Tibet en el corazón de Asia.

SU UNIDAD. Este país ha seguido siendo enigmático, incluso debido a una dificultad de acceso producto de la superposición de valles, de altiplanicies y de montañas cubiertas de nieve; al rigor de su clima, a la apertura y clausura alternativas de sus fronteras.

A las misiones, a los exploradores, a los diplomáticos que lo han atravesado, les ha proporcionado visiones intensas, extrañas.

Ha sido recogido un número considerable de hechos que no han sido aún ni descritos ni coordinados, ni sometidos a una crítica que restituya las conexiones del Tibet y los pueblos que le rodean.

Una unidad espiritual se desprende de todo ello: inesperada, singular, incomensurable con la orientación del pensamiento occidental, su concepción de lo real, su modo de clasificación de los fenómenos.

En Lhassa, omphalos de Asia, a donde viene a amortiguarse la vida política y social del mundo, la existencia humana obedece a un ritmo milenario.

SU HISTORIA. INVASIÓN MALAYA. EL HIMALAYA. LOS LAMA. La creación comienza con los malayos insulares de un grupo de islas asiáticas. Como grandes navegantes, ganan las Célebes, las Molucas, las Filipinas, y se extienden: al norte, hasta la costa oriental de Formosa; al este, sobre algunos grupos de la Polinesia; al sur, sobre varios puntos de Australia; al oeste, hasta Madagascar. La veintena de islas que ocupan hiere las imaginaciones menos por la actividad de sus volcanes que por la riqueza y la extensión de los grandes bosques de donde emergen.

En dos ocasiones, la punta extrema de Asia sirve de base para una invasión continental. No difiere sino por la amplitud de las correrías marítimas de los piratas cuando han proclamado el *amok*. Sus bandas

remontan el curso de los ríos: el Saluén, el Mekong, el Yang-tse, el Hindo hacia las fuentes amarillas, los montes Tan-la, el Monte Kailas.

Por doquier pasan como exterminadores, no dejan creatura. Por doquier se aposentan, muestran la concha marina, el cordón de nudos, la bandeleta de seda, la mascada. Hablan del arcoiris matizado como la pluma del pavo real, de los volcanes en donde los inmortales preparan en sus palacios drogas de efectos extraños, del pájaro del fuego que hace blanquear al sol poniente y que metamorfosea el bosque dejando caer en él gotas de luz. Pueblan el mundo de potencias de muerte como seres de que se consideran hijos de las piedras preciosas; que serán tratados por los melanesios como seres carentes de cerebro, puesto que no saben ellos mismos sino exterminar o decir, desde el fondo del alma, encantamientos.

Por imperiosos que puedan ser sus asaltos, éstos se estrellan ante las cadenas de montañas, cuyo escudo semi-circular defiende a los tibetanos de cualquier desaparición. Los grupos diseminados sobre las altiplanicies —reunidos por el rumor, el peligro, las oleadas insulares— reconocen la propiciación de los montes, denominándolos “aquellos que han impedido el avance de los malayos”. Reprimen sin gran dificultad bandas extrañadas en medio de las gargantas y de los pasos. Se resignan a algunas infiltraciones por pequeños grupos. Gentes del agua que se prenden a los flancos ponen en acción la madera y la piedra para construir vastos recintos de acceso difícil que se convierten en aldeas de las gentes del agua. El acceso a los pastos se hace necesario hasta el extremo de hacer desaparecer cualquier hostilidad y enmascarar las virtudes guerreras.

La extensión del cielo recuerda a los recién llegados los caminos que las constelaciones trazan por la noche a los bajeles sobre el mar. La mayoría se pone a contemplar, a reflexionar, a memorizar. Algunos se marchan solos, a la ventura, a pie, para mirarlo todo, para recogerlo todo, para compararlo todo.

La inmensidad y la variedad del mundo hace dobles a los hombres que conocen la creación, por haber descubierto desde lo alto de las cimas, en el espejo de los lagos, la diversidad de los dialectos, cuerpos, trajes y costumbres.

El espejismo de las islas fabulosas se desvanece ante el prestigio de los lama, quienes establecen catálogos, fundan analogías, promueven símbolos y develan —a quien sabe de las innumerables formas asumidas por un invisible peligroso en la selva y en la montaña— la eficacia de las palabras y de los gestos creadores.

INVASIÓN MALAYO-POLINÉSICA. Otras invasiones malayo-polinési-

cas han de producirse: grandes movimientos de pueblos, migraciones debidas a cataclismos ocurridos en el Pacífico; a la sumersión de centros vitales de los que los mitos melanésicos han conservado el recuerdo. Presencian la desaparición de grandes concentraciones de pueblos que poseen instrumentos para hendir la madera, desorganizar la piedra. Dejan a los insulares que han abandonado para siempre, las carreras, las expediciones de venganza y las expediciones de comercio que permiten la circulación en sentido inverso y la cesión anual mutua —entre pueblos miembros de una sociedad cerrada— de dos braceletes *mwali* y de un collar *soulava* que tienen el poder de asegurar, por la irradiación del jefe que lo lleva o que lo hace llevar por un sustituto durante un año, el renacimiento de los muertos en el vaivén incesante de los cambios de conchas (fuente de luz y de vida), de collares, de hachas de piedra, *benam*, de flechas, que no agotan por ello las fases sucesivas de la institución del *koula*.

Detrás de las ceremonias que aseguran la cesión o la transmisión directa de los poderes vitales y letales, los espíritus que guían en medio de las corrientes, prevén los tiempos, conocen los orientes y ordenan cambios de palabras. Ellos son los únicos que saben definir los estados por las reacciones que provocan, descritas de manera directa o analógica. Sus palabras, sus fórmulas, son demasiado sutiles para ser a la vez instrumentos y símbolos. Los diptongos, las consonantes y las vocales que las expresan se prestan a la movilidad y a la variedad infinita de lo real. Sus conjuntos ofrecen tantos sentidos como los grupos humanos y la naturaleza presentan modos de ser, al modo en que la histología revelará la pluripolaridad de las células. Instrumentales, aunque parezcan ambiguas e indirectas; verdaderas ecuaciones de signos vocálicos y notas, componen la institución del *kai*.

ERA DEL KAI. Pasa el tiempo en que quienes conocen los dichos los ocultan. Cuando el *kai* se ha generalizado y estabilizado, los pueblos del *kai* invaden Asia. Una red de islas que protegen el Mar de China permite tan sólo la ocupación de algunos centros vitales en China. No pueden tener acceso a la península comprendida entre Anam y Birmania. Dejan pocas huellas de su paso al través de India y Cachemira. Pero se reagrupan más allá de la Meseta del Pamir, sobre la vertiente occidental; atraviesan en masa los valles y las planicies que jalonan el Tien Chan, los Montes Altai, el Monte Yablonoï y sus prolongaciones hasta el curso del Lena en el extremo norte de Siberia Oriental, para prestarse a la inflexión del Aldan. A todo lo largo del recorrido, imprimen a los

centros vitales que encuentran o fundan su sello: al final de un nombre de ciudad, la terminación *kaia*.

SU DESARROLLO. Las gentes del *kai* no avanzan, así, sin refluir hacia el este, entre los cursos del Obi y del Irtych y provocar una especie de turbillón que favorecerá, en la provincia de Tomsk, al norte de los Montes Altai, la fijación de los Sakia, y ahí (como en muchas otras comarcas, pero sin que quede ninguna prueba onomástica) la ruptura de una alianza entre grupos étnicos diferentes, fundada en una comprensión común del verbo y de los signos.

A medida que se pierdan las virtudes organizadoras y guerreras, las costumbres y las creencias ancestrales reaparecen. Las singularidades de conformación física dan preponderancia a las peculiaridades de pronunciación, de acentuación, que hacen los hablantes dulces o rudos, roncós o cantarinos, sibilantes o desprovistos de consonantes. Las conversaciones de todos los días en el interior de los grupos los arrastran. Las diferencias étnicas restauran sus derechos a tantos dialectos como aglomeraciones. El movimiento de reacción llegará a hacerse lo suficientemente intenso como para que China se convierta en el lugar de una dispersión, en la que participan sin duda, como maestras, tras la extensión del *kai*, las hordas semibárbaras, arrastradas en seguimiento de los civilizados, que se han vuelto lo bastante fuertes para remontar, a partir de la costa, el Si-Kiang, el Yang-tsé-kiang, y fundar la era del *kia*.

ERA MEGALÍTICA. Llega la era megalítica, la cual desafía aún cualquier hipótesis no sobre los orígenes, sino sobre el sentido de su extensión, en un dominio que comprende las islas del Pacífico y, de una y otra parte, la América del Sur, el Sur de América del Norte, en donde se sitúa la sociedad magallón, y Asia.

Balk parece constituir un centro. Olvidados de las construcciones gigantescas, la meseta del Pamir permite una extensión en todas direcciones. Unos van del S. O. al N. O. hacia la punta de Asia, a lo largo del Tien Chan, del Altai. Parecen encontrar, al atravesar la garganta de Sonok, en el Valle del Ozabkan, un centro en donde las construcciones sacralizan su acción convertida en mensuramiento de tierras y en agricultura cuando se fijan en Kobdo. Los montes Yablonoï, el Lago Balkach marcan los puntos extremos de su errabundeo. Otros van a lo largo de la cadena del Himalaya, y se detienen entre el Golfo de Bengala y el Mar de China, ahí donde los ríos y las cadenas de montañas se vuelven paralelos. Adoran la llama y la luz del sol, y construyen templos para el fuego, cuyo culto se propaga al sur, en la India, y se ve recogido

por cada hogar, cuya piedad nutrirá la llama con el soma. Van hasta el extremo norte del este asiático entre los Chukchi cuando, en el solsticio de invierno, a la muerte del sol, la creación ritual de la llama con bastones de fuego, provoca el nacimiento de un nuevo sol.

EL “BO”. Desaparecen ciudades. Sus nombres se olvidan. El sentido de las proporciones en la escala del mundo se pierde. Las grandes aglomeraciones se dispersan. Los grupos se parcelan. Un vaivén incesante, al través de los valles, los ríos, los desiertos, los mares, de masas que rehusan fijarse en cualquier punto de que se trate, obliga a algunos clanes a permanecer sobre los altiplanos, al abrigo de las gargantas y de los pasos que les defienden de todo contacto. Sólo algunas infiltraciones inesperadas, pasajeras, atemperan su encierro. No por ello se establecen menos en Tibet los cultivadores y en India, en Birmania, en Indochina, en China así como entre Caldea y Siria. Las invasiones los perturban; les obligan a abandonar los campos y los pastos, a volver a ganar los altiplanos.

Los tibetanos se ponen bajo la protección de las cimas nevadas a las cuales sacralizan; se entregan a las prácticas *bo*, a la adivinación, a la predicción, a los ritos que imponen aquí el que se proceda al despedazamiento del cadáver, allá el que se recoja el último suspiro de los moribundos. Los indios conservarán, en el Rig Veda, el recuerdo de tribulaciones que conducen hasta las cavernas de Ceilán a los Veda, ayer aún, fieles al culto del fuego y de la leche, que sacralizan sus lámparas y sus vacas.

Las grandes reuniones formadas al sur del desierto de Siria, se disuelven. Desde el momento en que aparece el caballo, el agricultor se convierte en caballero. El beduino va a hacer de Arabia el lugar de las *razzias*.

LOS “CEREBROS”. En todos los tiempos, los grupos presionados por el hambre y el frío, por los hombres, los animales y las bestias hostiles, por la naturaleza indiferente, no han podido recurrir sino a “quien tiene cerebro”. Sea que concentre en sí y constriña a la potencia vital y a la potencia letal, sea que imponga una y otra a los seres por medio de fórmulas y de gestos, “piensa por los demás”, “habla por los demás”. No da ninguna orden que no signifique “actuar en imagen por los demás, y prever”. Sin el *angakok*, la tribu esquimal perecería.

Entre los dueños de la muerte y de la vida, por doquier, en las sociedades inferiores, se establecen vínculos secretos. Tienen en común, asimismo, el ser reconocidos como dueños del mundo. Llega un momento

en que, en varias ocasiones (indudablemente en regiones muy diferentes, pero en sociedades que tienen el mismo género de organización y el mismo nivel de civilización) “los abuelos que piensan se reúnen, ponen en común su ciencia, la promueven y hacen de ella instrumento de conquista. Formado quizás por el encuentro del Korjiaco, del Chukchi, del Yukagir, del Melanesio, se establece un hogar de cerebros en las Islas Kuriles, en donde se ocultan los libros sobre las estrellas, y en la Isla Sajalina, donde los espíritus armados de la escritura permanecen enfrentados a los Sakia. A la cabeza de los nómades, recorre Asia de noreste a sureste. A partir del Amur, establece centros en la orilla de los lagos Dalai Nor, a lo largo del Kerulen; atraviesa la ciudad de Urga, a lo largo del Karakorum, atraviesa el desierto de Gobi, a favor del Karamouren, el Krakoukho, va a lo largo de Mongolia; se establece en Dabsoun Nor, penetra en Tibet, atraviesa el Nan Chan. Se detiene en Koukou Nor y llega, en el curso de una marcha en dirección de Lhassa, a Tengri Nor. Sin duda se han ocupado de evitar las estaciones mongolas mucho más antiguas, como el Kohogol. El lago no es ya para ellos un espejo de luz, sino el lugar en el que se asocian, en un mismo culto, el agua y el Sol.

EL GRUPO “NO” (“LAMA”, “BLA”). El grupo *No* atraviesa la Meseta de Pamir. Seres notables por su agudeza visual, como los de Assam, los de Siberia, los de Rusia, dejan de abandonarse al espectáculo de la naturaleza y del cielo. Se asocian a él en el Asia Central. La sociedad de los *Nossariri* establece una observación y una reflexión para subordinar la enumeración de los seres y de las cosas a catálogos de estrellas orientales. Se extiende al través de Persia, hasta Arabia, en donde se establece cerca de la Meca un centro astronómico. Se convierte en una filial que da su nombre a Tesalia. Los *lama* se preocupan de estos grupos como del viento del sur que evoca los cerebros que hacen que marchen paralelamente la ciencia y la condena a muerte ritual. Huyen de toda asamblea; eligen como lugar sagrado el sitio en donde vienen a reunirse, desde todas las direcciones, los grupos que se entregan a las observaciones. Dejan al hombre ordinario el arte de captar y de transmitir el *bla*, fuerza misteriosa que emana de las grandes construcciones en ruinas, y que vitaliza el aire, la luz, el árbol, el jade, el ámbar, el ágata, el coral, la piedra viva del imán, que se nutre de granalla o limadura de hierro y cuyo impulso incesante comunica vigor.

SU EXPANSIÓN EN JAPÓN Y EN CHINA. El grupo *No* tiene menos suerte en las islas Ycso, Hondo, Sikoko y Kiu Siu. No penetra por Mon-

golia en el Kansan sin encontrar, entre la Costa del Pacífico y el Mekong, resistencias que invierten la situación de los espíritus que concentran las potencias de muerte. Proviene éstas, sin duda, de prácticas ancestrales que ponen en práctica un conocimiento minucioso del cuerpo humano, de un funcionamiento vital, de sus efectos psíquicos, con suficiente precisión como para establecer que hay, para el hombre, otras funciones dominadoras, distintas del espíritu, y una infinidad de medios de medirse con la muerte.

SU EXPANSIÓN EN EL MAR EGEO. Este semi-fracaso ante una ciencia más antigua no ha impedido que siga, por vías y medios desconocidos, el movimiento asiático que se produce de 3 000 a 2 400 en el Mar Egeo y en las Cícladas; asociarse a la era de las aleaciones metálicas, de 2 400 a 2 000; emprender observaciones sobre los planetas; dar nombres y leyes a los insulares; fundar un centro espiritual: Cnosos.

La supremacía, en Creta, del poder espiritual sobre el poder temporal (representado por los semi-espíritus que son los *Mino*) se afirma entre 1 700 y 1 400 hasta la devastación de Cnosos. La talasocracia intenta imponer al curso de los astros un orden, una regularidad, que hacen de *inthos* no una terminación, sino algo así como un sello impreso a todas las novedades introducidas en la Hélade.

Por esa misma época, sin duda, la aparición de India afirma la supremacía de la triangulación, que permite efectuar la cosmometría en los observatorios del Dakkan, y hace surgir, a partir de experiencias mecánicas, combinaciones de curvas y de líneas, generatrices de la geometría en el espacio y de la geometría plana.

DE 2 000 A 1 000. Entre el año 2 000 y el año 1 000, los aqueos que llegan a Hélade, sufren la atracción de las cimas nevadas, que hacen del Olimpo un grandísimo centro radiante de piedras preciosas. Pero, ellos se detienen a una altura media, para fijarse en las crestas, para construir ahí ciudadelas. Hasta que el descubrimiento de la escritura hace de lugares privilegiados —en los valles, a lo largo de los ríos, lejos de las costas— ciudades.

GRAPHEIN. Tienen escritura. Sin duda los signos que dejan rasgos de sombra sobre las piedras al precio de una talla, los rasgos negros dibujados sobre el papiro o la piel del cordero por el pincel no podrían atraer sobre sí la influencia de los seres vivos y entrar en su esfera de acción. El vulgo les considera cadáveres capaces de atraer la mala ventura. No comprende qué es lo que los “cerebros” encuentran en

ellos, que pueda convertirse en palabras. Sospecha maleficios. Quienquiera posee los signos no podría ser poderoso sin atraer el castigo de los dioses. Tales los Lágidas, tal Layo, padre de Edipo. Tal, quizá, en su ambigüedad, el mito de Linos, que no sería solamente la pasión del lino, paralela a la pasión de la viña, de acuerdo con el mito de Dionisos, sino también la pasión del escribano en cuanto escriba.

DEL SIGLO VIII AL V: DELOS. En tanto las ciudades se establecen, durante cuatro siglos, entre el VIII y el V, la irradiación de las Cícladas se extiende de Asia Menor a Asia. Reciben de Asia Central, como China, la teoría cíclica de los cinco elementos, que ejemplifica la ordenación del mundo de acuerdo con siete regiones, a las que los jonios, con Tales de Mileto, sustraen el fuego celeste, considerándolo sagrado. Surge la idea de que todas las etnias, todas las formas de sociedad, han tenido en común la humanidad. La isla de Delos se convierte en el centro sacralizado de todos los pueblos que han puesto fin a la muerte ritual y la condenan. A las fiestas délicas vendrán, de acuerdo con el testimonio de Herodoto, mujeres sármatas a hacerle a Apolo ofrendas de quesos.

EL CULTO TIBETANO DE LAS PIEDRAS. En vano los griegos, prevenidos por sus nacionales que viajan o por gymnosophistas, hacen de Tibet un canastillo que contiene observatorios. En vano los persas asocian en el siglo VII —con Zoroastro— el culto de los astros al culto del sol como fuente de vida y de ventura. Las cimas tibetanas, visibles desde todas partes, ponen a los hombres en relación con la bóveda del cielo. Las basta con grabar las montañas: rocas rojas, rocas negras, campos de nieve; llevan montones de piedras al través de las gargantas y de los pasos, señalados de lejos por perchas y telas que flotan al viento. Reminiscencia de los tiempos en que los antepasados, libres o siervos, participaban en la edificación de grandes murallas. Todas las planicies, todos los valles de los alrededores se convierten en dominio sagrado, en donde reina la paz.

La ronda reproduce el dibujo de las cimas, en los días de fiestas. La marcha circular de los fieles que se arrastran en círculo y marchan con guijarros su huella, la emparenta con el sol y con los siete primeros reyes que han descendido del cielo. Si la cuerda mítica y el canastillo de monasterios Paro Ta Tsang del Bhatan, presente en el mito melanésico, le faltan, no ha realizado menos la subida al cielo. De vecindad en vecindad, los picos —tan altos que resulta imposible medirlos y compararlos, sea lo que fuere—, vicnen a colocarse en torno del Himalaya.

Atravesado de nieblas, impenetrable, quiere ser, para todos los países y todos los pueblos de alrededor, el centro del mundo.

LOS BONZOS. Pero, más allá del Brahma-putra, el paso de razas blancas desaparecidas en tres ocasiones hace que indudablemente ya no actúe su encanto. Cada cima vuelve a adquirir, al mismo tiempo, su individualidad y su acción sobre la existencia de cada quien, bajo la supervisión y la dirección de los Bonzos.

LOS SAKA Y LOS SAKYA EN NEPAL. Las migraciones lanzarán de Africa en Etiopía, en los Estados de Perak, Patanga en Manchuria, a Japón, a los saka. Los saka se han detenido en el Nepal. En el siglo v, en Nepal, los hombres permanecen replegados sobre sí mismos, faltos de pasos. Los libros persas que tratan de las fijas han penetrado, a pesar de todo. Sus observaciones afinan las consideraciones más rudimentarias sobre los fuegos sagrados. No impiden a los chinos introducir consideraciones sobre los pueblos, sobre las propiedades del alma, sobre las virtudes de la naturaleza. Los sakyas, impulsivos, impetuosos, bulliciosos, se sienten autorizados sin duda para oponer a la contemplación del cielo creencias que los saka esparcidos al través de Asia, han importado de Africa. Los hombres no poseen ya en común, como en el origen, el arroz del que viven. Los soplos o emanaciones de las tierras han introducido una diversidad extremada como para permitir un retorno a los orígenes. El tiempo ya no es aquel en el que los seres eran inmortales. Un temor les devora: la muerte. Deben librarse de las supersticiones groseras que vienen de Armenia, que corren a lo largo del Nilo —como en América del Sur a lo largo de las costas del Pacífico— y que Platón tendrá la debilidad de recoger de Er el Armenio. Un triple fuego consume al ser: el amor, el odio, la ceguera.

El ser espiritual de un hombre difunto ya no animará jamás un cuerpo de animal. Hay para él tres nacimientos, como hay tres tiempos, tres estados. Quienes manejan la tierra viven en la ignorancia. Quienes construyen ese ser creciente, alma dócil, vehículo del rayo, cometen una falta. Los que impiden el paso del carro tienen mérito. Los que estudian, con los egipcios, ese gran cuerpo que es Sirio; quienes conocen las virtudes de la tétrada y del pentágono, abolen en ellos la necesidad de prestarse a las reencarnaciones; la necesidad de renacer.

LOS BRAHMANES Y BUDDHA. NIRMAJA Y NIRVANA. Tal es la revelación hecha a todos los seres llegados a la planicie del Ganges y del Brahma-putra, al salir de los bosques, por el hijo del Punica Gautavali

(560-483), para sustituir a los “grandes soles” que dispensan el maná a la ronda en un tiempo en que los agricultores se dispersan; en que se destruye el amor a la tierra.

Al Revelador, los brahmanes no lo consideran sino un desgraciado desprovisto de todo poder vital y letal. Aquellos que no tienen nada que perder con un nuevo estado de cosas en que se abolan las castas, y que temen pasar por una infinidad de existencias, consideran a Buddha como una verdadera piedra preciosa. No esperan de su predicación y de la imitación de sus principios sino el aniquilamiento, el sueño definitivo del ser a los ojos infantiles, del que la vida hace un cadáver.

Por ejemplar y convincente que sea en apariencia la vida y la doctrina del Maestro y el Nirvana, no podrían poner fin a la magia de los soplos bu de que proceden, ni a su virtud vitalizadora que expulsa la muerte del Buthan hacia las grandes altitudes, ni su capacidad de arrojar fuera de Birmania a todos los pueblos extraños a las emanaciones de su suelo y a las brisas de su cielo, ni al poder de la vista cuando, en la Región de Cachemira, la mirada se dirige, maravillada, por todos lados, hacia los gérmenes, vía de creación y fuente de alegría para el *nirmaja*.

NDENOS Y SAKYA. Mientras los físicos de Asia Menor y de Grecia abandonan las creencias por el estudio de las trasmutaciones circulares realizadas por los elementos, y divulgan la astronomía, la aritmética, la geometría, la armonía, la música y la medicina para que se realice la educación de los hijos de los hombres libres, y mientras el orden de Pitágoras reúne hombres y mujeres de Sicilia, hasta el momento de la diáspora, los sakya ocultan los conocimientos más diversos, que han recogido de oídas; que vienen de todos los rincones de la tierra; que deben continuar siendo, para todo aquel que no ha sido iniciado en la astrología, un misterio.

EVOLUCIÓN GRIEGA. El helenismo irradia durante tres siglos; el alfabeto hindú se fija en el siglo IV; las armadas victoriosas llevan el nombre de Aristóteles hasta la India. Los guerreros de Chandragupta no hacen sino un imperio, de los bosques, de los ríos y de las aldeas. La enciclopedia científica establecerá el retorno de los ciclos periódicos para las fijas y la teoría de los cinco elementos.

EVOLUCIÓN HINDÚ. EVOLUCIÓN CHINA. ESTABILIDAD DEL LAMA. En el siglo siguiente, el rey Ashoka desarrolla el buddhismo; envía misiones en todas direcciones; funda la ciudad santa de Anura Dnatura;

morada original de un sol que se dispersa sobre la extensión de las tierras como tantos soles inofensivos. Un gran concilio se reúne ahí donde una revolución ha conllevado la destrucción de libros que abrían la vía al conocimiento, en Pataliputra. Se constituye, entre 240 y 232, el Canon búddhico que coloca en tres “canastillas”, los diálogos y relatos de Buddha, la disciplina de los monjes y la filosofía.

Los tiranos que gobiernan China son sucedidos por los Tsin en 256. Se constituye el Imperio. Los mongoles se retiran. La Gran Muralla se edifica.

El tibetano permanece fiel a las impresiones de la vida errante; al temor, al pavor, a la admiración. En todo lo que se le ofrece de inesperado, de extraño, discierne al “dios vago” No sabe de otro medio de conjurarlo que no sea el de recurrir al lama que se inclina sobre el pasado del mundo. Sólo él sabe las fórmulas incomprehensibles y los gestos inusitados que neutralizan las influencias, apaciguan las ansiedades, alejan la muerte y arrancan a los presagios signos, coincidencias, el porvenir de un individuo.

El sánscrito aparece, incomprendido de los ceramistas. Los escritos que provienen de las selvas javanesas abren un sendero al conocimiento. Los maraba se descubren detrás de los sakyá. Millones, en Asia, espargen —desde el siglo III— el maniqueísmo. La medicina hindú abre la vía a la matemática en Armenia, en India, en Corea. Ctesiphon se convierte en el centro del que irradia el nestorianismo. Bizancio y Siria envía a lo lejos a sus mercaderes y diplomáticos. Atraen hacia sí el saber de Persia y de Corea. Los chinos difunden sus invenciones y sus encantos. Manés, exiliado de Persia, atraviesa —de acuerdo con la leyenda— Cachemira, la India, Turquestán, China, Tibet, manteniendo con los prosélitos una correspondencia frecuente que insiste en el hecho de que la Creación, permaneciendo constante, ve que alternativamente aumentan y disminuyen las potencias de muerte.

TIBET DEL SIGLO I ANTES DE LA ERA AL VII DESPUÉS DE ELLA. EL BLA. LA DIVISIÓN DE LAS CREENCIAS Y SU SUBORDINACIÓN AL YOGA. Los escitas, que matan a los niños, pasan como contemporáneos de Cristo. La civilización de las ciudades libres de Hélade se desvanece ante la aparición de la República Romana y su expansión en un Imperio en el que los ejércitos conquistadores no hacen sino preceder al comercio.

La historia comienza en el Tibet. Las *Crónicas* hablan de la muerte; de la desaparición de la muerte ritual; de los cambios ocurridos con la aparición, concentración y ruina de los observatorios; de las vías que permiten idas y venidas entre los centros; de lo que han hecho los filó-

sofos; de lo que han hecho los pueblos; de los tres itinerarios que quienquiera ha hecho voto de castidad recorre.

La alianza militar de doce pueblos que tienen a su cabeza a un jefe (que de entre los pretendientes recibe para su hija un esposo que ha salido vencedor de pruebas injustas; para sí mismo un yerno; para los confederados, un sucesor), pasa de Hélade al Tibet del siglo I antes de la Era al siglo VII después de la era, dividida en doce Estados.

Aparecen los reyes que confían en el Bla; hombres de poder, realizadores de grandes matrimonios, apenas turbados por los movimientos escitas, la influencia de los partos sobre el Indo, la aparición del Tao y de los Bonetes Amarillos en 184, la instalación de los papas taoístas sasánidas en el XII, la invasión de los hunos más allá del Oxus en 436, su derrota por Chandragupta en 455, las incursiones chinas en Turquestán y Fergama, en Sogdiana, la política de Bizancio al través de Siria, Persia, el despertar de Corea.

Por lo menos, los lama no dejarán de ser informados por las caravanas de Asia Central de las revelaciones sucesivas que mantienen en vela la imaginación de los pueblos y atemperan su temor a la muerte. Pero, su interés se refiere al hecho de que no se constituye cuerpo organizado de creencias, sin que una multiplicidad de interpretaciones haga surgir sectas que rompen su unidad, la dividen, la desorganizan y restituyen al espíritu humano la misma movilidad, la misma diversidad que hacen notar, como Buddha, en todo lo que no está fundado ni sobre la observación ni sobre la reflexión.

Como ellos ven en la mujer, el hombre y el niño otros tantos impedimentos para el crecimiento del ser, no podrían retener de los asertos que surgen de todas partes, en todas partes, en todos los tiempos, sino su propiedad común de amplificar el vigor y la resistencia del hombre. A este título solamente los retienen como palabras que se subsiguen sin estar ligadas por ningún sentido, en una recopilación que comprende los dichos, las danzas y los cuerpos. Multitud de esperanzas se subordinan, entre el siglo IV y el V al principio del Yoga por el que perfecciona la existencia y se asegura el crecimiento espiritual del ser fiel al sol nutricio.

SONG TSEN GAMPO. KONDDYUR, TANGYUR. VII SIGLO. Durante tres siglos, el secreto, el ritual, la etiqueta del *basileion* y del *thronos*, las guerras de conquista que se transmiten sin duda alguna a partir de un jefe que instaura la era de los reyes, hombres de poder que fundan su potencia a la vez en las alianzas matrimoniales, en las ocupaciones territoriales y en la dirección de las creencias.

En Japón, se funda la Universidad de Nara. Los hindúes conjuran el Gran Kai, los Soles y los Mantra.

Song tsen Gampo toma el poder en el año siguiente al de la proclamación —por Mahoma (el 16 de julio de 622)— de la Hegira. Atrae hacia sí, por el matrimonio, grandes dominios, grandes bastimentos. Reúne en un cuerpo organizado las palabras cantadas o salmodiadas. Conquista Birmania y China. Desposa dos princesas llegadas una, de China, la otra, de Nepal. No podría resistir la difusión del buddhismo a partir de Nepal, en Cachemira, la India y China. Introduce en el Tibet el buddhismo bajo la forma nepalista. Hace de él la creencia del Estado, de acuerdo con las escrituras tibetanas: *Kanggyur* y *Tanggyur*.

El acrecentamiento de las palabras de vida del jefe feudal se refiere a la *dulva*, el *do*, el *choos-non-pa*; bajo el presente sagrado de las piedras de lava, se oculta la vía por la cual los cerebros hacen que opere en el mundo una doble revolución: disciplina, sermones y metafísica. El acrecentamiento de las palabras de muerte se refiere al *Rynd* y al *Mdo*; acrecentamiento de los signos que se refieren a las estrellas y creación que disimulan ritual y conocimientos.

Song tsen Gampo funda monasterios que recogen las leyes de la vida acompañándolas de cantos y de danzas. Favorece las artes y las costumbres de China y de India. Hace traducir los libros de astronomía, de biología, de medicina, redactados en chino y en sánscrito.

Un conjunto compuesto, al vincular al culto oficial de la diversidad terrestre de los soplos las formas adquiridas por la magia, el culto de los cielos cuya circunferencia está por doquier y el centro en parte alguna —de acuerdo con la expresión que Nicolás de Cusa debe a Parménides— extiende, con la Secta de los Bonetes Amarillos, a Nepal, a Cachemira, a India, el culto de la muerte.

TI SONG DE TSEN. SIGLO VIII. EL TI, EL BO. Ti Song de Tsen, hijo de una princesa china, conquista Shangai, Capital de China. Hace adjuntar al cuerpo las palabras cantadas, las palabras cantadas de Ti. Se afilia a la sociedad de quienes colocan la vía de salud en la Tierra Madre. Llama, en 747, a Padma Santhara, del Gran Colegio Nalanda, para la reforma del buddhismo tántrico, en el mismo año en que Shotokutenno asciende al trono imperial del Japón como Koken, y en que nace Carlomagno.

MUNI TSEMPO. RALPACHAN. Se entabla la lucha por las creencias tibetanas en el cielo Bo, las creencias de Odiana al noroeste de Cache-

mira, los encantos y prácticas místicas contra los demonios, y la angustia de ver en tres ocasiones a la Princesa de la Muerte hacer de un cuerpo completamente vivo un cadáver y un ser invisible. La Secta de los Bonetes Rojos establece en sus derechos la existencia; hace milagros; funda el monasterio Samyé.

A pesar de que, de 816 a 834, la predicación de Babek llena a Persia de fuertes, de anarquía y de combates contra el Califa, la magia negra de Nepal y de India, la brujería de los Lopa y de los Amdo se ligan contra el buddhismo, contra la jerarquía de los servidores del culto, las desigualdades sociales y políticas que fundamentan la ley del karma, la transmigración de las almas y las existencias sucesivas. Muni Tsembo puede ser un constructor que ha hecho grandes cosas. Está desprovisto de la gracia. Favorece una corriente democrática cuyo carácter se acentúa en el siglo siguiente, cuando el espíritu persa impone al Islam su propio positivismo y su mística.

Ralpachan cambia la vía de salvación para los pueblos que viven al sol, recibiendo de la India traducciones y sistema de pesas y medidas. Su hermano Lang Darma, que le sucede en 817 al precio de un asesinato, acentúa la reacción contra las creencias como un Papu que da la muerte al salir del *darimo*, hasta que China lo hace asesinar por un miembro de la Secta de los Bonetes Negros.

VICISITUDES. EL REPARTO DE LOS PUNTOS CARDINALES. El conflicto, en Lhasa, entre los Bonetes Amarillos y los Bonetes Rojos, fértil en envenenamientos y en muertes, testifica (como el conflicto entre los blancos y los negros en Florencia) que una lucha de siempre enmascara apenas la impronta antenuda de una fuerza cósmica que hace pesar vida y muerte sobre las sociedades humanas.

Si los ejércitos del Tibet se vuelven hacia China, India, Bengala, Asan, Bathan, Birmania, Nepal, Cachemira, es que permanecerían sin efecto sobre la República de Comercio que asocia, en Asia Central, a Fergana, a Samarkanda, a Bujura, a Kiva, al suroeste, Damasco, al noroeste, al través del Mar Caspio, el Cáucaso, Tiflis y el Mar Negro, Kiev, con cuarenta cuarentenas de catedrales, y Nidji Novgorod, la de los ricos comerciantes.

Ven a los chinos ocupar Lhasa en 650, para imponer en seguida un tributo a China, ocupar en 763 Changan. En el siglo VIII han subyugado las regiones que rodean sus fronteras: China, al este; India, al sur; Baltistan y Gil Gil, al oeste; Kashgar, al norte. De las rivalidades, de los combates de fortuna incierta, surge en el siglo siguiente, una pentarquía espiritual: el chino, rey de la Astrología; el indio, rey de las

Creencias; el persa, rey del Poder; el balcano, rey del *Principio Anímico* que hace crecer, y la muerte y la vida se subordinan al *rey de las Creencias, hombre de poder*.

EL AÑO 1000 Y LOS SIGUIENTES. ANARQUÍA DEL TIBET. DESPERTAR MONGOL. MONGOLIA Y EL TIBET. HUBAYAKAN Y KULUBAI KAN. Con el año 1 000, grandes cambios se realizan en el mundo. En 1021, Manco Capac reúne sobre sí los favores de los invisibles; para del lugar en donde están las Escrituras concernientes a la creación a la ciudad en donde se hace la reunión de las palabras, y asienta en Cuzco la dinastía de los Incas, irónica e irreverente para el Lama, ante la llama. En 113, la jerarquía taoísta será reconocida por la China que trabaja la Sociedad del Loto Blanco.

La virilidad, la centralización y la unidad del Tibet han desaparecido. Surgen clanes. Aparecen jeferías. Se construyen fuertes. Nacen sectas que ponen las armas al servicio de la fe. Se subsigue una anarquía análoga a la que conoce Persia, en tanto que la expansión del mahomedismo se liga, en los países árabes y persas, a la floración de las artes, de las letras y de las ciencias.

En los siglos siguientes, las monarquías hacen predominar la creencia en los espíritus y la eficacia de los estados místicos. Los monjes hindús aportan los tantra. Un general chino de origen persa introduce un rito caldeo: fórmulas concernientes al periplo del alma. India y China cabecean. Los mongoles se despiertan.

Los mongoles se despiertan. Se ven encantonados entre el Amour, el Algoun, el Keroulen, los Montes Sainsh, los Montes Altai; al sur, por los desiertos que les separan del Turquestán y del Tibet; al este, por espacios de pueblos que se interponen entre ellos y los Manchú.

No saben de dónde vienen ni si son parientes de los Magalon, fundadores de una sociedad próxima de la sociedad cochisa. De la región que ocupan no saben nada, a no ser el que ciudades sumergidas duermen bajo las aguas y los lagos, que canteras inmensas se han llenado; que la selva ha reconquistado las ruinas y los caminos. No tienen para sus caballos sino la estepa; no les queda sino ser nómadas que arrastran tras de sí tiendas y carros. Los jefes de las hordas recuerdan a tiempo que son Sokopo.

De Urga, donde se eleva y desaparece una ciudad avocada al culto del sol, hacen un centro al que, desde el siglo xi, el gran maestro de la Lamasería tibetana de Kakia se ve invitado por el abuelo de Gengis Kan. Este funda un imperio. Después de su muerte, en 1206, el Im-

perio Mogol hace el recorrido de las tierras que circunscribe el curso de las estrellas.

Armado de la lanza, del escudo de oro, de la crin de caballo, el Emperador sabe, por las inteligencias, que mantiene, hasta el Nepal, a los países, debilitados, y al Tibet dispuesto en su favor.

Hubaya Kan se dirige hacia el sureste a favor del trastorno de las monarquías europeas de Venecia y de Bizancio, que se continúa de 1906 al 29 de mayo de 1453 en que los turcos toman Constantinopla. Se presta al movimiento hacia el oeste que arruina, en 1261, al cabo de 57 años, el Imperio Latino de Constantinopla. Funda un imperio irano-mogol y crea, al sur de Tebriz, el observatorio de Maragha para secundar a la ciencia persa.

Su hermano, Kulubai Kan, vuelve a tomar la política de los errantes, desde que ha desaparecido la era del kula. En 1270, invita a Urga al Gran Maestro tibetano de la lamasería de Sakya; recibe de él las creencias pregonadas por el lamaísmo y le confiere la soberanía del Tibet.

LAS JERARQUÍAS TIBETANAS. Se abre una era, análoga a la que atraviesa Persia bajo los Reyes de Reyes, jefes del ejército, acantonados en los valles de Irán, que rompe en Escita y en Grecia bajo la orden de las jerarquías oficiantes del Feudo del Sol, que permanecen en Chariz, al fondo del Irán, cuyas fronteras permanecen infranquables.

Pero, ahí donde los persas y los medas dependen de los iraquianos, las jerarquías tibetanas se apoyan, en 1270 a 1345, sobre los ejércitos mongoles, para hacer renacer, detrás de la jerarquía estelar, con el tantrismo, la intimidad con la muerte.

CHAN CHUB GYAL TSIN. DINASTÍA SITYA. SIGLOS XIV Y XVIII. En contacto con los mongoles, las virtudes guerreras de los montañeses reaparecen; se levantan contra el liberalismo de las jerarquías y le permiten a Chang Chub Gyal Tsin obtener sobre las lamaserías una victoria que introduce, con ayuda de China, grandes cambios en las creencias sobre la muerte, e instaura la segunda monarquía, ocupada por la dinastía Sitya hasta 1635, para verse derribada por el Rey de la provincia Tsang, del Tibet Central, deshecho el mismo, algunos años más tarde, por Gushi Kan, jefe de los mongoles de Löt.

Del siglo XIV al XVIII, las jerarquías y el Mogol emprenden la reforma y la organización de las creencias en un cuerpo estable y definitivo. El Gran Maestro de la lamasería Sakya, Tsong Kapa, nacido en 1398, fija, con ayuda de los Bonetes Amarillos, las fórmulas que constituyen

la vía de salud. Funda la Lamasería de Genden y de Sera, que coronan, con la lamasería de Dupung, los tres pilares del Estado que tiene por base, sobre la tierra nutricia del bosque, los seres que vienen del sol cerca de los seres que vienen de las estrellas en el Golfo de California, seres que han aniquilado el temor a la muerte.

GANDEN TRUPPA. Genden Truppa ha vuelto a encontrar en la lamasería de donde sale, las trazas que los trastornos sociales han hecho desaparecer. Abole las tres canastillas, el Tripitaka. Se liga a la Tierra que, al salir del bosque, acrecienta la muerte a la Secta de los Bonetes Amarillos que adopta el color de la muerte.

Él sabe que los combates impiden las Escrituras como los chinos impiden la desaparición de las medidas, de las figuras planas y del espacio. Funda la lamasería de Tashi Lkunpo que no debe retroceder ante el tener que dar muerte a los vivos por razones éticas, en un tiempo en el que quienes ocultan las piedras preciosas tienen la seguridad de no tener paz. Tashi Lama, segundo de los Bonetes Amarillos, se encarga de esta reforma.

SÖNAN GYASSO. Sönan Gyasso, la tercera encarnación, da nombre al conjunto de los cuerpos cuando las oleadas de mahometanos e hindúes vienen a batir al pie del Himalaya. Une a su nombre, que mantiene secreto, la alabanza de “victorios” al día siguiente de un ataque brusco y fracasado del Mogol Chageta sobre el Tibet, por el Turquestán y Ladaj. Vuelve a tomar, indudablemente, el poder temporal. Es reconocido por el jefe de los mongoles de Löt.

Altan Kanse atrinchera en los Montes Altai. Recibe ahí, sin duda, los libros secretos que pueblos errantes al través del mundo han conservado en el curso de sus peregrinaciones y que han mantenido ocultos entre Kailava, donde los pueblos del sol enseñan el Kai, y el lago Dalai Noro, en donde los “espíritus” instauran el culto del Sol.

La jerarquía estelar se completa con una jerarquía estelar surgida de la noche de los tiempos, rechazada por Persia desde el establecimiento de las culturas y de la llegada de Zoroastro. El Buddha encarnado se convierte en *Dalai Lama*. Vaj rai dhare, tal es este sol único cuya carrera al través del mundo fragmenta su esplendor en una multitud de soles. Prohíbe el que se entreguen a las llamas, junto con el cadáver, de acuerdo con el *sati* corriente en la India, seres vivientes y animales ligados con el difunto. Reemplaza esta costumbre funeraria, ya abolida en Mongolia, por sacrificios anuales al dios de la Muerte. Prescribe el que se reemplace la imagen del dios de la Muerte por la

de Buddha; el que se le ofrezca, en vez de carne y sangre, leche y mantequilla y entregar al fuego a quien reúne a los difuntos en el más allá, Ongko.

ENTRADA DE LOS EUROPEOS EN EL TIBET EN 1626. EL DALAI LAMA. SUS VIRTUDES. En el curso de los milenios, los grandes centros de estrellas cambian; las rutas concéntricas que conducen a las ciudades, corazón del país, cambian. Pero, quienes cambian de país con piedras preciosas, sedas, alhajas, tapices, caracteres, escrituras, llevan siempre consigo un código pacífico. Les impiden a los hombres infringir las leyes, revelarse y golpear las casas para dormir. El sueño hace que se cierren los ojos. Quien pasa al través de la comarca habla para que los ojos se entreabran. Quien cambia de estrellas al mismo tiempo que de ciudades hace que los ojos se abran. La unidad espiritual se realiza con derecho para pueblos que tienen el mismo origen, que van por el mundo pareciendo diferentes unos de otros según el lugar en que se destinen. En efecto, la entrada de los europeos en el Tibet, en 1626; las luchas provocadas por la rivalidad de las sectas, las disidencias chinas y mongólicas, las aproximaciones entre los chinos y los mongoles, la formación simultánea de dos reencarnaciones de Avolohitesvara matizan la irradiación. La limitarían si el Dalai Lama no uniese a la astrología, a las creencias, al poder, a los ejércitos, al arte de la diplomacia. El jefe que sabía lo pasado y que impedía a los Lopa agruparse y hacerse peligrosos es un sol, como el Rajah hindú. De un montón de estrellas hace un collar de constelaciones. Ha impedido a la Muerte herir a los seres. Pero, Aquel que ha combatido a los salvajes, Aquel que ha hecho reunir las fórmulas, que ha convertido en constituciones las anécdotas, Aquel cuyas palabras van y vienen para acrecentarse sin cesar, sigue siendo Aquel que emite soplos, el que reside en el centro del Cielo, quien se oculta en la oscuridad.

EL BUDDHA VIVO, REENCARNACIÓN DE BUDDHA. En el interior de las lamaserías, pintores y escultores permanecen, con el espíritu tenso, vueltos hacia el Buddha, creando de él imágenes a la medida de su propia sabiduría. Pero, son tan tolerantes las interpretaciones dadas de la doctrina que no podrían enfrentar, como en Bizancio, a iconómulos e iconoclastas, en un país en donde reina el pensamiento simbólico. La reencarnación comunica a las representaciones de Buddha esa misma potencia *Blo* para defenderse del ataque de los demonios y de Ongko.

Elegido entre un cierto número de niños, príncipe mongol en cuan-

to hijo del pueblo, que presenta en parte o en su totalidad los signos corporales de un origen sobrenatural, el Buddha vivo está armado de sus títulos y de sus cinco sellos, entre ellos el sello de oro, arco iris y tierra. Jasa se tam. Es un bodhirastra que tiene derecho al *nirvana*, pero ha consentido en renacer para bien espiritual de sus compañeros. Ya vive oculto en Lhasa en un palacio adornado de regalos del Emperador de China en el parque en donde se eleva el templo de la serpiente, ya hace recorridos por la lamasería para inquirir sobre los acontecimientos.

LOS OFICIANTES. En torno de quien invita a los hombres a reunirse, quienes actúan sobre las alamas y sobre la energía solar, quienes aportan cambios, modifican las traducciones y acrecientan los escritos, los Amban, el oráculo de Samya.

TÍTULOS DE ADORACIÓN. No hay sino adorar al Buddha, vivo no en imágenes, sino en una vida ejemplar. No bastan las ceremonias, frecuentar las fiestas de la mantequilla que evocan las francachelas, la irrisión de la potencia temporal, la gravedad de la vida pública y lo burlesco de las máscaras, ni las innovaciones, ni los rechazos de *Ongko* y del *Nirvana* cuando Buddha, dios de vida, dios de los soplos, dios de los vientos se hace dios de la alegría, cuando el camino del conocimiento se remonta del buddhismo, por el Tao, el tantra hasta el Yogi y el molino que hace girar fórmulas impresas.

LA ADORACIÓN DEL LAMA O LETRADO. Hay que escrutar los textos sánscritos, chinos, javaneses. Hay que descubrir, bajo un sentido superficial, los sentidos que permiten que la imaginación se haga reminiscencia. Todos los conocimientos humanos se encuentran ahí, sobrepasando a la muerte. Hay que aprender de los egipcios, de los caldeos, de los persas, de los hindúes, de los chinos, a repartir los montones de estrellas, clasificándolas en fijas, constelaciones y planetas, cuyo curso se realiza sobre una esfera. No hay que burlarse de ningún pueblo: de las gentes de la estepa, del desierto, del mir, acostumbrados al vértigo de los grandes espacios vacíos sembrados de gotas de luz. Hay que conservar las inscripciones arañadas sobre la piedra, los signos extraños, las escrituras perdidas. Hay que resucitar, en las letanías, el espíritu de los desaparecidos; su acción conjugada con el influjo de las estrellas. El mar y el cielo se desvanecen. Las nubes, cargadas de lluvia, tienden su arco y rompen el mundo en siete pedazos, cada uno de los cuales tiene un color, un sonido, un aroma. Ritman las duraciones,

las edades, las extensiones, los orientes, las potencias, los príncipes, los elementos, los cuerpos, las actitudes, los *nyama* que se hacen *nyawa* que confieren a la creación su capacidad de desplazamiento, de crecimiento y de perfección acordada con los siete grandes cuerpos errantes. Los más sabios de los lama deben discernir ahí la acción de Phtah y, detrás del dios menfítico, momia cuyas manos libres de cintillas aprietan sobre el pecho, el asiento de la vida, la acción del Sol.

LA BURBUJA. LA TIERRA. LA BOLA. Las gentes ordinarias se maravillan de que el rayo luminoso difractado al través del cuarzo, despliegue en abanico siete colores que dan animación a otras tantas piedras preciosas. Se asombran y después se divierten de que en donde concurren pueblos, las gentes que van y vienen se crucen llevando cada individuo un traje de color diferente, de acuerdo con su casta o su clase. De tal suerte que la reunión y la yuxtaposición se hace signo y disimula un sentido que se esfuerzan quizá en penetrar. El lama retiene esto: los signos trazados con pincel son letra muerta al lado de los caracteres no tallados en una pared de piedra.

EL MOVIMIENTO FUNDAMENTAL DEL PENSAMIENTO. BUMERANG QUE REGRESA SOBRE SÍ COMO EL PENSAMIENTO MUSICAL. Por ser negros, hacen del libro una recopilación cuyos caracteres participan, a pesar de sus dimensiones, de las virtudes del *Bla*. Adquieren el mismo rigor, el mismo poder que escapa a la impronta de la acción humana. En vano tienen los hombres como recurso expresarse mediante los movimientos de las manos, los gestos, las actitudes, los cantos, las danzas, los sonidos. En vano han reflexionado sobre la caza, la pesca, el tejido.

En vano han encordado, ligado y desligado, anudado y desanudado. En vano han dispuesto piedras sobre el suelo siguiendo a las islas y las aldeas, alineado filas de fichas o de bastoncitos, dibujado la acción con los *mandala*, expresando la acción con sus sonidos a los que la convención les atribuye los signos correspondientes. Todos estos artificios están desprovistos de poder frente a las letras dobles que nacen en el alfabeto griego y que evocan, frente al mundo estelar en donde se componía el alfabeto cirílico, el agua que brota, el guijarro que rueda, la piedra que se talla, el grano que germina, el tejo cuyas extremidades encorvadas en sentido contrario se fija sobre un eje vertical inmóvil y da presa a los vientos, la raedura que hace rechinar los dientes, el vaso de agua. Se espiritualizan en las "letras filosóficas" $Z, \Theta, \Xi, \phi, \chi, \Psi, \Omega$ que se metamorfosean en la medida de las analogías, suscitadas por el mundo visible y que develan bien pronto lo invisible. Representan acciones se-

cretas, misteriosas, mágicas. La muela que muerde el grano, la rueda del alfarero, la rueda del carromato que hace creer, de noche, en el paso de Ankou; la rueda del carro solar. Retiñendo se hacen al mismo tiempo, círculo que gira en torno de su centro, rueda de fuego, rueda de la vida, rueda de la muerte. Quien la contempla y nota cada vuelta completa de la rueda, ve que los nombres se multiplican hasta el infinito, como los espacios sin que se acreciente jamás el número de los muertos y de los vivos en la India como en las tribus australianas. Las existencias pasan y repasan de acuerdo con el mismo giro que arrastra, para los físicos griegos, los cuatro elementos, para el Tsen yen chino, los cinco elementos que sufren el juego alternativo del *yin* y del *yang*. Los pueblos han podido surgir de las eras estacionarias sacudidas por mutaciones bruscas. Ignoran la sutilidad del heleno que ve una salida al ritmo estilizado en el *rismos*, en la corriente irresistible, para Heráclito. Ahí donde el sol construye una infinidad de veces, el hombre no crea sino una sola vez. Contra una multitud de vasijas que se secan al sol, una sola bella acción.

Pero, que la piedra informada por las ondas innumerables vuelva a tomar la forma primera. Forma cuerpo con el universo. No es excesivo invocarla en las ceremonias y en las fiestas, cuando los lamas modelan una bola de pasta, las gentes ordinarias una bola de mantequilla, a la manera de Shiwelusitsa que, de acuerdo con los Zuñi, de una burbuja formó la tierra. Ante un malayo que, sin quererlo, ha intercambiado alma con un tigre que rondaba en torno de su morada, que está poseído de un gran fuego, presto al *amok*, el mago, *pawang*, buscando un medio de impedir las oscilaciones del ser, moldea una bola de carne y llama o invoca sobre el hombre tigre presa de un gran fuego, el influjo del gran cuerpo amarillo y del muy gran cuerpo gris.

Como el indio, el chino, el mongol, el esquimal, el tibetano recibe el carácter circular del pensamiento musical y del pensamiento verbal. Quienquiera reflexiona, ve que los pensamientos se prestan al impulso y a la retracción del bumerang. La especulación helénica misma lo percibe: la dialéctica no se abre con la participación de las ideas en Platón sino para cerrarse, con Aristóteles, sobre la idea número que asegura la comunidad de los conceptos. Platón no conoce entonces sino la metamorfosis de la geometría en el espacio y de la geometría plana en dioses y demonios. Para librar al ser invisible, este *psa* que se exhala en *psychè*, se necesitaría que el pensamiento se hiciese tangente al círculo y se convirtiese en señor del movimiento libre, al que Hegel, penetrado de orientalismo, querrá dar, en la *Fenomenología de la Naturaleza*, un ser físico.

LA EXPERIENCIA MÍSTICA Y EL ALMA. Después de eso, las gentes ordinarias dejan de apegarse al mundo visible como al mundo interior. Harán una unidad de la vida y del temor a la muerte. La desaparición de los vivientes aniquila en ellos el sentido de la acción. Se ocupan en imaginar un mundo invisible. Cada generación, en el Tibet, como en todos lugares del mundo, recomienza, por su cuenta, una experiencia mística alternativamente temerosa e insolente en su audacia. Experimenta la fuerza vital que da su impulso al cuerpo tal y como la ramita de hierba alimenta un fuego en presencia del viento que permanece oculto en tanto que no nutre la flama. Imaginar el alma vagabunda, con un asombro ingenuo, poblar el aire de invisibles no es nada. Hay que hacer de lo invisible y de lo impalpable su aliado. Hay que saber lo que hay en un intercambio de almas entre un ser y otro, entre un hombre y un animal. Hay que determinar el ritual del rescate del alma. Hay que manejar el viaje del alma en el más allá en el curso de tres años en que el ser se desencarna y al cabo de los cuales está completamente muerto. Hay que preparar el retorno del alma. Nacen de ahí otras tantas prácticas mágicas que no tienen nada de común con el mito de Payché ni con el dionisianismo de la época helenística.

LA OMNIPOTENCIA DEL LAMA. El lama sabe todo eso. El Dalai Lama puede encontrar en el rayo, en el trueno, en la libación de la sangre, el llamado, los símbolos del puño, del tambor hecho de dos cráneos humanos opuestos, de la copa tallada en un cráneo humano, en la campanilla de metal que reemplaza sin duda la campanilla de hueso de ciervo que poseen aún los Zuñi, los signos de su omnipotencia.

La potencia del menor de los lama, a pesar de la extensión de los estudios proseguidos durante años en una lamasería para la obtención de los grados constitutivos de una jerarquía es casi tan grande por tener del libro el secreto de reprimir el vértigo de los tiempos y de los espacios.

Los textos escritos afluyen hacia él en rollos, de los cuatro puntos de Asia, desde hace siglos, sin que haya tenido que deplorar a menudo el pillaje de una biblioteca o la violación de una lamasería. No hay sino que volver una y otra vez los textos. Los rasgos de escritura, pequeños seres negros en posición derecha o incurvada, sirven de medios a la energía comunicada a los hombres por la visión de inmensas columnas de piedra que han permanecido en pie en medio de las ruinas.

Los tibetanos discernen el que un buen número de hindúes escapan a la rueda de los nacimientos portada sobre su manto por el juicio medioeval al reconocer en el Sánscrito, al mismo tiempo, el paso por encima de una corriente rápida por medio de un gancho al que está

prendido un viajero que se desliza a lo largo de una cuerda tendida sobre las dos riberas, y la ascensión al cielo.

LA PERENNIDAD DE BUDDHA. En Croisset, cerca de Rouen, al final de una pequeña terraza paralela a la carretera, en el Sena, en una planicie sin accidente, sin horizonte, sin nada que enmascare o matice los juegos de luz, en el pabellón al que iba el novelista todos los días desde su casa situada en el otro extremo, para escribir ahí, un Buddha vela sobre el tintero de Gustavo Flaubert.

BIBLIOGRAFIA

- SIR CHARLES BELL. *Tibet. Past and Present*. Oxford, 1924.
- GASTON BOISSIER. *La Religion romaine d'Auguste à Antonin*. Hachette. 5ª Edición, 1906. Vol. I.
- JEANNE CUISINIER, *La Danse Sacrée en Indochine et en Indonésie*. P. U. F. París, 1951.
- ALEXANDRA DAVID-NEL. *Voyage d'une Parisienne à Lhassa*. Plon. París, 1927.
- JOHAN FABRICIUS, *Démons à Bali*. Traducido del holandés por A. Kaminc. Edit. du Pavois. París, 1945.
- HENRI FAUCONNIER, *Malaise*. Arthème Fayard. París, 1930.
- HÉRODOTE. HISTOIRE.
- MARCELLE LALOU, *Les Religions du Tibet*. P. U. F. París, 1957.
- SYLVAIN LÉVI, *La India y el Mundo*. Trad. Pedro Urbano González de la Calle. Instituto de Investigaciones Sociales de la U. N. A. M. México, 1956.
- FERDINAND OSSENDOWSKI Y LEWIS STATON PALES, *L'Homme et le Mystère en Asie*. Traducción del inglés por Robert Renard. Plon. París, 1925.
- GEORGE SARTON, *Introduction to the History of Science*. Carnegie Institution of Washington, 1927. Vol. I.
- MAN'TRA GARREAU DOMBALSE. *Aztlan. Songes Mexicains*. La Porte Etroite. París, 1952.